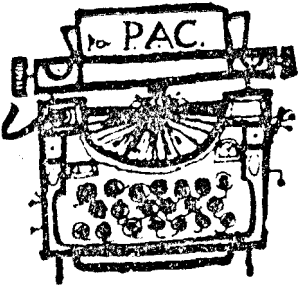


# POBLACION Y TIEMPOS



A JAIME INCER, leyendo su Geografía.

No sé si es un poco descubrir el Mediterráneo decir que nuestro país, a pesar de su pequeñez es la suma, o mejor dicho el "encuentro" de tres países geográfica y poblacionalmente distintos: el país del Pacífico (que ha sido el país rector, el que ha dado su tónica a nuestra nacionalidad), el país del Norte y el país del Atlántico; pero aunque esto sea perogrulllescamente evidente es bueno repetirlo, hacer conciencia y reflexionar sobre ello porque tiene una gran importancia para nuestra historia y nuestro desarrollo.

El país del Pacífico es la región fácil. Su mayor fertilidad, salubridad y facilidad de comunicación atrajo, desde la prehistoria, la mayor cantidad de poblaciones y propició el desarrollo de las principales culturas indígenas sobre las cuales creció nuestra cultura nicaragüense mestiza. "Desde ella, además, irradiaron e irradian las migraciones que paulatinamente poblaron el Centro y el Este del país" —dice Jaime Incer en su Geografía de Nicaragua. El país del Norte y el del Atlántico son regiones de topografía difícil —el Norte: montañas y serranías, tierras menos fértiles, frías; el Atlántico: selvas, lluvias incesantes, terrenos anegadizos.

Es decir, el punto de partida de Nicaragua es la facilidad. Esto ha impreso un carácter al nicaragüense, un sentimiento de confianza en el respaldo de la naturaleza que nos lleva, con frecuencia, a las más insensatas improvisaciones. Al contrario de Costa Rica, por ejemplo, que tuvo que crecer sobre una tierra regateadora y difícil, nosotros crecimos en el "Paraíso de Mahoma" como decía Gage, explotando una tierra de "pan-llevar" y, solamente cuando el crecimiento de la población comenzó a dificultar la subsistencia, comenzamos a afrontar las reservas difíciles, es decir, los otros dos países cuyo "encuentro" apenas se está iniciando en nuestra historia. "Pues no hay que olvidar —dice Incer— que en estos últimos 70 años es cuando extensamente han sido poblados esos inmensos espacios por sucesivas oleadas de emigrantes del Pacífico, hacia el Norte y Centro en busca de oro, de praderas para la ganadería y condiciones propicias para el cultivo del cafeto; y más al Este, hacia el Atlántico, a fin de explotar las riquezas forestales y cultivar los productos tropicales".

Este proceso original del "encuentro" nicaragüense nos ha deparado una población desequilibrada. Si Nicaragua fuera una balanza, el platillo del Pacífico estaría totalmente inclinado, con 11.3 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras el ancho platillo del Atlántico saltaría liviano con sólo 0.3 habitantes por Km. cuadrado. "Existe aún mayor desequilibrio —advierte Incer— si tenemos en cuenta que las ciudades de más de 20 mil habitantes se concentran en el Pacífico a excepción de Matagalpa, y que Managua crece a un ritmo muy superior (5.35 por mil habitantes por año) a la media del país; su población actual representa el 13% aproximadamente del total de población de la República".

A estos datos agreguemos el siguiente: aunque es verdad que la expansión de la región del Pacífico ha servido para poblar a las otras dos regiones, también es cierto lo contrario: que las mismas comunicaciones que sirven para la expansión sirven para una afluencia inversa de la población rural y campesina hacia el centro o los centros urbanos del Pacífico.

Y es dentro de este movimiento de flujo y reflujo poblacional que me parece interesante rastrear un fenómeno, no por sutil menos perturbador y grave para el proceso de nuestro desarrollo. Yo llamaría a este fenómeno la CONVIVENCIA DE TIEMPOS DISTINTOS.

Leyendo un libro sobre Hispano-

américa me encontré con este párrafo acerca de Brasil, que me ayudará a esclarecer mi pensamiento. "Brasil —dice— no sólo se extiende por millones de kilómetros en el espacio, sino por cuarenta siglos en el tiempo. Esto quiere decir que poblaciones culturalmente separadas en la evolución de Occidente por cuarenta siglos de transformación (lo que va del salvaje con flecha y arco al astronauta), no sólo "conviven" estáticamente dentro de una unidad nacional, sino que están pasando incesantemente de un punto a otro en esa escala temporal que para Europa es únicamente imaginable extendida —por el esfuerzo de los historiadores— hacia un remoto pasado".

Lo que el autor citado dice de Brasil, con su enorme extensión, lo podemos decir nosotros de Nicaragua a pesar de su pequeñez territorial. En nuestra tierra también "conviven" no sólo culturas tan primitivas como la de los Sumos y sus palenques fluviales, o los Ramaquies; o culturas un poco más evolucionadas como la de los Misquitos (posiblemente, uno de los restos étnicos más antiguos de América), sino también situaciones culturales tan diferentes de edad como las del sembrador de milpas de las riberas del San Juan, o las del raicillero, o las del peón campesino de Chontales o de Matagalpa, o las del poblano de nuestras aldeas y caseríos de las regiones incomunicadas del interior, y así, en una escala de diferencias no sólo espaciales sino temporales, hasta llegar al hombre de los suburbios de Managua —de reciente inmigración— aglomerado furiosamente alrededor de las conquistas del siglo XX, como esas masas de insectos atraídos por algún alimento, de las cuales sólo un grupo pequeño se apelotona y devora, mientras el resto gira marginado y hambriento.

En otras palabras: Nicaragua es también un "encuentro" de edades distintas. No hay sólo distancia sino siglos de diferencia entre el hombre con posibilidades económicas de Managua y el hombre desposeído de las riberas del Coco, por ejemplo. El subdesarrollo implica, entre otras cosas, ese mosaico de edades: porciones que viven "un ayer cultural" junto a porciones que viven el hoy; gentes desposeídas de los recursos de SU tiempo, que tienen que transar, en desventaja, con quienes poseen esos recursos. Un encuentro en el cual el "atrasado" no puede ser sino explotado por el evolucionado.

Casi diariamente leemos en los periódicos informaciones sobre gentes foráneas que al llegar a la Capital caen ingenuamente en las trampas de los estafadores más rudimentarios: paquetazos, loteriazos, etc. No es gente tonta la que es así estafada. Es gente de "otra edad". Gente que viene —según sea la profundidad de su distancia cultural— del tiempo de la Colonia, o del siglo pasado, a un sistema de vida moderno, tejido con elementos que les son vitalmente desconocidos. Pero, lo que tan claramente se nos manifiesta en la delincuencia, tiene un trasfondo sociológico de vastas dimensiones: esa gente de "otro tiempo", hecha a un tipo de vida ingenua y confiada, con un ritmo más lento, se ve obligada a comerciar, transar, trabajar con la "otra" gente —el vendedor, el empresario, el agente, capitalinos o urbanos— adiestrados en la agresividad comercial moderna, dotados de los recursos avasallantes e incluso devoradores del capitalismo, e inevitablemente se produce la explotación. El subdesarrollo produce paralela a la lucha de clases esta lucha de edades.

En "EL PEZ Y LA SERPIENTE" (número 11) que acaba de circular, escribí una novela corta basada en esta realidad desequilibrada de nuestro subdesarrollo. Tomé la persona del Güegüence —que co-

mo se sabe es un tipo vivo, un viejo burlón y matrero de nuestro teatro del siglo XVII— y, dejándole al personaje todas sus características, lo inserté y lo hice vivir en nuestra Managua del siglo XX. ¿Qué resulta? —Que el Güegüence se convierte, sin forzarlo, en un poblano que llega a la Capital y es triturado por una vida que le es ajena, una vida que se le vuelve una trampa permanente por el sólo hecho de las diferencias temporales que son, también, diferencias culturales.

Esta iniquidad que se produce —casi inevitablemente— en el encuentro de masas de población de diversas edades culturales nos está diciendo la importancia primordial que tiene, en un país como el nuestro, el problema de la educación y culturización del pueblo: no se trata solamente de dotar al pueblo de un instrumento más para su mejora, sino de hacerle posible la vida —las defensas de la vida— en las condiciones de SU TIEMPO. El

"atrasado" es un indefenso. Un ser-pa-la-injusticia. Una víctima.

No tiene —por tanto— ni tendrá nunca justificación, cuando el ritmo poblacional ha adquirido la velocidad moderna, que el Estado mantenga bajo (o bajísimo como en Nicaragua) el presupuesto de enseñanza y culturización, porque con ello no solamente impide progresar a una gran masa de población (aun cuando le abra fuentes de trabajo, aun cuando aumente su renta per cápita) sino que la destina a víctima segura de la otra población dotada de los instrumentos culturales de su tiempo. En otras palabras: lo que hace ese Estado es crear, literalmente, esclavos.

Esclavos que —en nuestro tiempo— no son sumisos, sino que día a día aumentarán su presión marginal para penetrar a "su" tiempo, aun que sea (y esto es lo terrible) para destruirlo.

PABLO ANTONIO CUADRA